

LA CUARTA PARTE DE LA CAÍDA DE LOS REINOS

LA MAREA DE  
HIELO

MORGAN RHODES



LA MAREA DE  
HIELO  
MORGAN RHODES



Primera edición: junio de 2016

Edición ejecutiva: Gabriel Brandariz  
Coordinación editorial y traducción: Xohana Bastida  
Coordinación gráfica: Lara Peces

Título original: *Frozen Tides*

Publicado originalmente por Razorbill,  
un sello del Penguin Young Readers Group,  
miembro del Penguin Group (USA) Inc.

© Penguin Group (USA) Inc., 2015  
© de esta edición en castellano:  
Ediciones SM, 2016  
Impresores, 2  
Parque Empresarial Prado del Espino  
28660 Boadilla del Monte (Madrid)  
[www.grupo-sm.com](http://www.grupo-sm.com)

ATENCIÓN AL CLIENTE  
Tel.: 902 121 323 / 912 080 403  
e-mail: [clientes@grupo-sm.com](mailto:clientes@grupo-sm.com)

ISBN: 978-84-675-8771-5  
Depósito legal: M-12112-2016  
Impreso en la UE / *Printed in EU*

*Cualquier forma de reproducción, distribución,  
comunicación pública o transformación de esta obra  
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,  
salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO  
(Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org))  
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.*

LA MAREA DE  
HIELO



*IMPERIO  
KRAESHIANO*

*JOYA  
IMPERIAL*

*MAR  
AMARANTO*



*IMPERIO  
KRAESHIANO*

MAR DEL NORTE

MAR  
DE PLATA

MAR  
TINGUE

Costa de Hierro

LIMEROS

Costa de Granito

Cima de Cuervo

Castillo Danora

Templo  
de Valoria

Calzada Imperial

Puerto Negro

PAELSIA

Montañas Prohibidas

Puerto  
de los Comerciantes

Dominios  
de Basilius

Tierra Salvaje

Puerto  
del Rey

Templo  
de Cleiona

AURANOS

Ciudadela de Oro

Cima de Halcón

Paso Viejo

Costa Radiante

ISLA  
DE LUKAS

VÉNEAS

TÉRREA

ESTRECHOS RAZORE



# PERSONAJES

## *Limeros*

MAGNUS LUKAS DAMORA	príncipe
LUCÍA EVA DAMORA	princesa y hechicera
GAIUS DAMORA	rey de Mytica
FÉLIX GRAEBAS	asesino a sueldo
GARETH CIRELLO	condestable
KURTIS CIRELLO	hijo de lord Gareth
LORD FRANCUS	miembro del consejo real
LORD LOGGIS	miembro del consejo real
SUMO SACERDOTE DANUS	miembro del consejo real
MILO IAGARIS	guardia de palacio
ENZO	guardia de palacio

## *Auranos*

CLEIONA (CLEO) AURORA BELLOS	princesa de Auranos
NICOLO (NIC) CASSIAN	amigo íntimo de Cleo
NERISSA FLORENS	doncella de Cleo
GALYN	tabernero
BRUNO	padre de Galyn

## *Paelsia*

JONAS AGALLON	cabecilla rebelde
LYSANDRA BARBAS	rebelde
OLIVIA	bruja
LAELIA	bailarina de taberna

## *Kraeshia*

CYRUS CORTAS	emperador
DASTAN	príncipe heredero
ELAN	segundo príncipe en la línea sucesoria
ASHUR CORTAS	tercer príncipe en la línea sucesoria
AMARA CORTAS	princesa y benjamina de la familia
NEELA	abuela de Amara
MIKAH KASRO	guardia del palacio kraeshiano
TARAN	insurrecto

## *El Santuario*

TIMOTHEUS	mentor de los vigías
KYAN	vástago del fuego



# PRÓLOGO

HACE 35 AÑOS

**E**l monstruo extendió sus manos de largos dedos hacia el chico y lo hundió en el colchón, sofocándolo. Hacía lo mismo cada noche, y cada noche, el chico se dejaba arrastrar por el miedo.

–No –susurró–. No es un monstruo, solo es la oscuridad. ¡Solo es la oscuridad!

Ya no era un bebé; no podía temer así las tinieblas. Casi tenía seis años, y había prometido ante la diosa que no volvería a llamar a su madre.

Sin embargo, su resolución solo duró un instante más, hasta que el miedo se hizo insoportable.

–¡Madre! –llamó.

Como siempre, ella apareció de inmediato y se sentó en el borde de la cama.

–Querido... –lo tomó en brazos, y el niño, agarrándose fuerte a ella y sintiéndose como un cobarde, dejó escapar un

suspiro tembloroso contra su hombro—. Vale, vale. Ya estoy contigo.

La mujer se levantó, y la luz bañó la estancia cuando encendió una vela en la mesa contigua a la cama. Aunque su bello rostro estaba casi oculto por las sombras, el niño vio una ira en sus facciones que —estaba seguro— no se dirigía a él.

—Les he repetido una y otra vez —dijo su madre— que dejen siempre una vela encendida en tu cuarto por la noche.

—A lo mejor la ha apagado una corriente —repuso él, temeroso de que alguna de sus niñeras sufriera las consecuencias del descuido.

—Puede ser —su madre le apoyó una mano en la mejilla—. ¿Te sientes mejor ahora?

Con su madre allí y la luz encendida, el chico se sintió como un tonto por sus temores de antes.

—Lo siento —murmuró—. Debería ser más valiente.

—Mucha gente teme a las tinieblas, y hacen bien. Tú no eres el único que ve un monstruo espantoso en ellas. Pero la única forma de derrotarlo es... ¿cuál?

—Hacerte amigo de él.

—Eso es —aprobó su madre, agitando la mano hacia el candil que había en la pared para encenderlo con su magia de fuego.

El niño la observó con asombro y reverencia, como hacía siempre que ella usaba la *elementia*, y ella alzó una ceja al ver su reacción.

—Tú no crees que yo sea un monstruo, ¿verdad?

—Claro que no —respondió él.

Su madre era una bruja, pero eso era un secreto que solo compartía con él. Al contárselo, le había dicho que mucha gente temía a las brujas y las tenía por seres malvados, pero que se equivocaban.

–Cuéntame la historia otra vez, madre –le pidió.

–¿Cuál de ellas?

–La de los vástagos.

Era su cuento favorito; siempre le ayudaba a dormirse en las noches más inquietas.

–De acuerdo –repuso ella sonriente, tomando la manita de su hijo entre las suyas–. Hace mucho tiempo existían cuatro gemas, cuatro orbes que los inmortales custodiaban con celo. Cada una contenía pura magia elemental, la magia que hace posible la existencia de la propia vida. Se decía que, si las sostenías en las manos, podías ver la magia que giraba eternamente en su interior y sentías su poder. El orbe de ámbar contenía la magia del fuego; el de aguamarina, la del agua; el de adularia, la del aire; y el más oscuro, de obsidiana, guardaba en su interior la magia de la tierra. Cuando las diosas Valoria y Cleiona huyeron de los enemigos que las perseguían en su mundo y llegaron al nuestro, cada una trajo consigo dos esferas que las dotaban de poderes inimaginables. ¿Cuáles eran las esferas que Valoria guardaba y protegía, cordero mío?

–La de la tierra y la del agua.

–¿Y Cleiona?

–La del fuego y la del aire.

–Eso es. Pronto, cada una de las diosas empezó a resentirse de poseer solo la mitad de la *elementia*. Las dos ambicionaban más, querían dominar el mundo sin que nadie se interpusiera en su camino –prosiguió la madre del chico, con aquella expresión lejana y soñadora que adoptaba siempre que contaba historias–. Y, por desgracia, aquella sed de poder transformó a las dos inmortales, que eran hermanas, en enemigas acérrimas. Así estalló una guerra sin cuartel entre las dos; una guerra en la que, al final, no prevaleció ninguna. Ambas desaparecieron,

y las gemas se perdieron. Desde aquel día, la magia de nuestro mundo se ha ido desvaneciendo lentamente... y seguirá haciéndolo hasta que alguien halle los vástagos y libere su magia.

»Según una antigua profecía, un día nacerá una mortal con el poder de una hechicera, que será capaz de gobernar los cuatro elementos con una fuerza no vista desde hace mil años.

El niño consideró aquella afirmación: era imposible que la profecía se refiriera a su madre. Lo único que ella manejaba era un poco de magia del fuego, que le permitía encender velas, y otro poco de magia de la tierra con la que curaba los arañazos que él se hacía jugando; eso era todo.

–La hechicera de la profecía –continuó su madre, con la cara encendida por la emoción– será la clave para hallar los cuatro vástagos y despertar la magia que hay aprisionada en su interior. Por supuesto, muchos piensan que esto es solo una leyenda.

–Pero tú piensas que es verdad.

–Con toda mi alma y mi corazón –su madre le apretó la mano–. Y también creo que tú serás quien encuentre a esa niña mágica y quien logre reclamar el tesoro. Lo supe desde el momento en que naciste.

El niño se sentía muy especial cuando su madre le decía aquellas cosas; sin embargo, aquel cálido sentimiento solo aguantaba un instante, antes de que las dudas volvieran a instalarse en su interior.

Como si percibiera su inquietud, su madre le tomó la cara entre las manos y le miró a los ojos.

–Hijo mío, no siempre tendrás miedo de la oscuridad. Algún día serás fuerte y valiente, un poquito más con cada año que cumplas. No temerás a las tinieblas; no temerás a nada. Y sin el lastre del miedo, serás capaz de alzar hasta el trono que te corresponde y aferrar tu destino.

–¿Igual que mi padre?

La expresión de la mujer se ensombreció.

–No. Tú serás mucho más fuerte de lo que jamás podría llegar a ser él.

Ante aquella perspectiva increíble, la impaciencia se apoderó del chico.

–¿Cuándo cambiaré? –preguntó con ansia.

Su madre le dio un beso en la frente.

–Hijo, para los cambios más importantes se requiere tiempo y paciencia. Pero tengo fe en ti, más fe de la que he tenido jamás en nadie. La grandeza te aguarda, Gaius Damora; es tu destino. Y juro que haré lo que sea para asegurarme de que la alcanzas.



## CAPÍTULO 1

# LIMEROS

## MAGNUS

«**T**odas las mujeres son criaturas engañosas y letales. Cada una de ellas es una araña colmada de ponzoña, capaz de matar de una sola picadura. Recuérdalo siempre».

De pie en aquel muelle limeriano, observando cómo la nave kraeshiana se perdía en la distancia, Magnus recordó la advertencia que su padre le había dirigido hacía tantos años.

El Rey Sangriento nunca había confiado enteramente en ninguna mujer. Ni en su reina consorte, ni en su antigua amante y consejera, ni en la inmortal que le susurraba secretos mientras dormía. Normalmente, Magnus ignoraba las lecciones de su padre; pero ahora se daba cuenta de lo acertada que era aquella frase. Lo que era más, había conocido a la mujer más engañosa y letal de todas.

Amara Cortas había robado un vástago —un orbe de agua-marina que contenía la esencia de la magia del agua—, dejando a su espalda una estela de sangre y destrucción.

La nieve caía con fuerza, azotando la piel de Magnus y amortiguando el dolor de su brazo roto. Aún quedaban varias horas

para el alba, y la noche era lo bastante fría para matarle si no buscaba cobijo.

Y sin embargo, le resultaba imposible hacer nada más que escrutar las negras aguas, buscando en vano el tesoro que le habían arrebatado.

Al fin, fue la voz de Cleo lo que lo sacó de sus oscuros pensamientos.

—¿Qué hacemos ahora?

Por un momento, Magnus había olvidado que no se encontraba solo.

—¿Ahora, princesa? —masculló, viendo cómo el vaho de sus palabras cristalizaba delante de su boca al pronunciarlas—. Bueno, supongo que podríamos disfrutar del escaso tiempo que nos queda antes de que los hombres de mi padre lleguen y nos ejecuten.

En aquel país, todo traidor pagaba su crimen con la vida, aunque fuera el mismísimo heredero del trono. Y no cabía duda de que Magnus había cometido una traición al ayudar a la princesa Cleo a evitar su ejecución inminente.

Otra voz rasgó el aire helado:

—Tengo una sugerencia, alteza —dijo Nic—. Si ya has acabado de inspeccionar el agua en busca de pistas, ¿por qué no te zambulles y persigues a nado a esa alimaña traicionera?

Como de costumbre, el esbirro favorito de Cleo se dirigía a Magnus con un desprecio apenas disimulado.

—Si pensara que así puedo atraparla, lo haría —contestó él, con tanto veneno en la voz como su interlocutor.

—Recuperaremos el vástago del agua —dijo Cleo—, y Amara pagará por lo que ha hecho.

—Me temo que no comparto tu optimismo —replicó Magnus, mirándola al fin por encima del hombro.

Los bellos rasgos de la princesa Cleiona Bellos, tan familiares ya para Magnus, estaban iluminados por la luz de la luna y la de los fanales dispuestos a lo largo del muelle.

Magnus aún no lograba pensar en ella como en una componente de la familia Damora. Ella le había pedido conservar su apellido de soltera –era la última de su estirpe, y si renunciaba, el nombre se perdería–, y él había accedido. El rey, su padre, le había criticado duramente por aquella concesión; al fin y al cabo, Cleo era la representante de una dinastía derrotada, obligada a casarse con el heredero del monarca vencedor para hacer la conquista algo más aceptable y aplastar cualquier conato de rebelión.

A pesar de la capa forrada de piel en la que se había arrojado para proteger su dorada melena de la nieve, Cleo temblaba. Pálida como su entorno, se envolvía estrechamente en la prenda, con los brazos cruzados.

Durante el veloz viaje desde el templo de Valoria hasta la ciudad, no se había quejado ni una sola vez. De hecho, Magnus y ella apenas habían cruzado palabra hasta ahora.

Por otra parte, la noche anterior habían cruzado demasiadas, antes de que el caos descendiera sobre ellos.

–¿Por qué lo hiciste? –le había preguntado ella en la habitación de huéspedes de lady Sofía.

Y en vez de seguir ignorando o negando lo que había hecho –matar a Cronus, el guardia al que el rey Gaius había ordenado terminar con la vida de Cleo–, él le había dado al fin una respuesta; unas palabras que habían salido de su garganta de forma casi dolorosa, como si se desgarraran de ella.

–Eres la única luz que soy capaz de ver – le había dicho en un susurro estrangulado–. Y pase lo que pase, me niego a extinguir esa luz.

Magnus sabía que, en ese instante, le había otorgado a Cleo un poder excesivo sobre él. Ahora, se resentía de ese sentimiento de debilidad. El resto de lo ocurrido la noche anterior lo empeoraba más aún, comenzando por el estremecedor beso que había seguido a la confesión de Magnus.

Por suerte, aquel beso se había interrumpido antes de que Magnus perdiera el control de sí mismo por completo.

–Magnus, ¿te encuentras bien? –preguntó Cleo rozándole el brazo.

Él se tensó y se apartó, como si el contacto de la princesa lo quemara. En los ojos verde azulado de la princesa apareció una mezcla de perplejidad y preocupación.

–Estoy perfectamente –repuso.

–Pero tu brazo...

–Estoy perfectamente –repitió él con mayor firmeza.

Ella apretó los labios y su mirada se endureció.

–De acuerdo –dijo.

–Tenemos que planear nuestros próximos movimientos –intervino Nic–. A ser posible, antes de morir congelados aquí fuera.

Su tono insolente desvió la atención de Magnus. Se volvió y miró directamente a aquel muchacho pelirrojo y pecoso, que siempre se había mostrado débil e incapaz... hasta aquella noche.

–¿Planear? –replicó Magnus–. Vale, ahí tienes un plan: márchate junto a tu querida princesa. Tomad un barco que os lleve a Auranos, caminad hasta Paelsia... Lo que preferáis. Yo le diré a mi padre que estáis muertos. La única forma de que conservéis la vida es que os exiliéis.

Por los ojos de Nic pasó un destello sorprendido, como si aquello fuera lo último que esperaba oír de Magnus.

–¿En serio? ¿Dejas que nos vayamos?

–Sí. Vamos, marchaos.

Era lo mejor para todos. Cleo se había convertido en una peligrosa distracción; en cuanto a Nic, en el mejor de los casos era una molestia, y en el peor, una amenaza.

—Es una orden —añadió.

Desvió la mirada hacia Cleo, esperando ver alivio en sus ojos. Pero lo que encontró fue un brillo de indignación.

—¿Ah, sí? ¿Una orden? —siseó—. Claro: para ti, todo sería mucho más fácil si nos quitamos de en medio, ¿verdad? Así podrías reunirte con la hechicera que es tu hermana y apoderarte de las gemas restantes.

La mención de Lucía, que había huido a Limeros en compañía de Alexius —el vigía que le hacía de tutor—, supuso un golpe inesperado para Magnus. A su llegada al templo, habían descubierto un charco de sangre en el suelo, sangre que muy bien podía ser de Lucía.

Pero no. Su hermana tenía que estar viva; Magnus se negaba a creer lo contrario. Estaba viva, y cuando la encontrase, mataría a Alexius.

—Piensa lo que te plazca, princesa —replicó volviendo bruscamente al presente.

Al fin y al cabo, era cierto que ambicionaba los vástagos para sí. ¿De veras esperaba Cleo que los compartiera con ella, quien, desde el mismo momento en que se habían conocido, había conspirado contra él? Si Cleo se apoderaba de los vástagos, dispondría de poder no solo para retomar Auranos, sino para conquistar cualquier otro reino que se le antojase.

Magnus necesitaba aquel poder. Así, por fin tendría control absoluto sobre su vida y su futuro, y no necesitaría temer ni rendir cuentas a nadie.

Ni siquiera lo que había ocurrido entre Cleo y él horas antes —fuera lo que fuese aquello— podía cambiar ese hecho.

La princesa y él eran adversarios; los dos ambicionaban lo mismo, pero solo uno podía obtenerlo. Y Magnus no estaba dispuesto a renunciar a aquello que llevaba la vida entera anhelando.

La princesa se había ruborizado, y en sus ojos había una mirada de obstinación.

–No voy a irme a ninguna parte –le espetó–. Tú y yo vamos a regresar al castillo para buscar a Lucía. Y cuando tu padre venga a buscarnos, nos enfrentaremos juntos a su cólera.

Magnus fulminó con la mirada a la muchacha y ella le pagó con la misma expresión, impertérrita. Con su postura erguida y su barbilla alzada, parecía una antorcha encendida en medio de aquella noche helada y eterna.

Ah, cuánto le habría gustado a Magnus ser lo bastante fuerte para odiarla...

–De acuerdo –dijo con los dientes apretados–. Pero recuerda: has sido tú quien se ha empeñado en seguirme.

Poco después del amanecer, su carruaje alcanzó el puesto de guardia que marcaba el límite de los terrenos del castillo limeriano. El negro edificio, encaramado en un acantilado que dominaba el mar de Plata, contrastaba vivamente con su níveo entorno. Sus torres de obsidiana se elevaban en el cielo de la mañana como las garras de un dios oscuro y poderoso.

Aquella visión, que intimidaba a casi todos, para Magnus era la estampa del hogar.

Una extraña sensación de nostalgia aleteó en su interior: recuerdos de un tiempo más sencillo, en el que solo tenía que ocuparse de montar a caballo y ejercitar sus dotes de lucha con los hijos de los nobles del reino; en el que vagaba por los jardines del castillo con Lucía, siempre cargada con un libro u otro;

en el que su madre, la reina, se arropaba en vestiduras de piel para dar la bienvenida a los invitados de algún banquete; en el que su padre regresaba, portando las presas de una exitosa jornada de caza, y obsequiaba a Magnus con una de sus raras sonrisas...

Mirase donde mirase, Magnus solo veía fantasmas del pasado.

Bajó del carruaje y caminó hacia la escalinata que precedía a las puertas de ébano, labradas con el escudo de la cobra y el lema de Limeros: «Fuerza, fe, sabiduría». Tras él, Cleo y Nic conspiraban en susurros siguiendo sus pasos.

Les había dado la oportunidad de marcharse y no sufrir la ira del rey Gaius, y ellos habían preferido acompañarle.

Dos guardias, ataviados con las rígidas libreas limerianas y abrigados con pesadas capas negras, montaban guardia ante las puertas. Magnus se detuvo, sabedor de que no le hacía falta presentarse, y los soldados le saludaron respetuosamente.

—¡Mi señor! —exclamó uno, antes de lanzar una mirada perpleja a Cleo y a Nic—. Mis señores —se corrigió—, ¿os ha ocurrido algo?

Magnus, consciente de la extraña posición de su brazo roto, de las magulladuras de su rostro y de su apariencia desaliñada, no se sorprendió ante la pregunta.

—Nada de importancia —repuso—. Dejados paso.

No tenía por qué explicar a un simple soldado por qué llegaba inesperadamente y en aquel estado. Esa era su casa; tenía todo el derecho del mundo a visitarla cuando le pareciese, especialmente después de haber estado a punto de morir a manos de los esbirros de Amara.

Sin embargo, no podía ignorar la posibilidad de que su padre hubiera enviado un cuervo al castillo, con un mensaje que ordenara arrestarlo si aparecía.

Cuando los guardias abrieron las puertas sin rechistar, Magnus dejó escapar el aliento que había contenido sin ser consciente de ello.

Se dio un segundo para recomponerse y entró en el grandioso vestíbulo. Su mirada se paseó por la sala y acabó por posarse en la gran escalera que ascendía en espiral por los muros de piedra.

—¿Quién ostenta el mando de la fortaleza mientras lord Gareth está en Auranos? —preguntó—. Porque supongo que no habrá regresado aún de los festejos por la boda de su hija, ¿verdad?

—No esperamos su regreso hasta dentro de varias semanas —respondió un centinela—. En su ausencia, lord Kurtis ha sido nombrado condestable.

Magnus vaciló, sin saber qué contestar. ¿Habría entendido mal las palabras del soldado?

—¿Dices que el condestable es ahora lord Kurtis Cirillo? —preguntó al cabo de unos segundos.

—En efecto, alteza.

De modo que Kurtis Cirillo, el hijo mayor de lord Gareth, era quien gobernaba Limeros en ausencia del rey. La noticia era, cuando menos, sorprendente; hacía unos meses, por la corte había corrido el rumor de que Kurtis se había ahogado durante una de sus expediciones por tierras lejanas.

A Magnus le disgustó comprobar la falsedad de aquellos rumores.

—Yo te conocí la última vez que vine —le dijo Cleo al soldado, bajándose la capucha para mostrar el rostro—. Te llamas Enzo, ¿verdad?

—Así es —contestó el hombre, observando con preocupación los desgarrones de la capa de la princesa y las manchas de

sangre seca que le salpicaban el pelo rubio—. Alteza, ¿necesitáis que llame al médico real?

Cleo rozó con aire ausente la herida que había en su frente, una brecha pequeña pero profunda que le había causado uno de los hombres de Amara.

—No, no hace falta —repuso con una sonrisa que le iluminó la cara—. Eres muy amable; recuerdo que ya lo fuiste cuando vine por primera vez.

La cara de Enzo se ruborizó hasta volverse tan granate como su librea.

—Resulta muy fácil ser amable con vos, alteza —repuso.

Magnus contuvo un bufido desdeñoso: claramente, la princesa había logrado capturar una mosca más en su tela de araña.

—Enzo —dijo con tono bajo pero imperioso. La mirada del guardia se clavó en él de inmediato—. Avisa a lord Kurtis: quiero reunirme con él en la sala del trono a la mayor brevedad.

El soldado hizo una reverencia.

—Como digáis, señor —dijo, y se escabulló sin despedirse.

—En marcha —les indicó Magnus a Cleo y a Nic.

Giró sobre sus talones y emprendió la ruta por aquellos corredores que tan familiares le resultaban.

—En marcha... —le imitó Nic con sorna—. Nos da órdenes como si fuéramos perros amaestrados.

—No estoy segura de que nadie le haya enseñado jamás cómo dirigirse educadamente a la gente —repuso Cleo.

—Y aun así —intervino Magnus—, me estáis siguiendo, ¿verdad?

—Por ahora; pero harías bien en recordar que el encanto abre muchas más puertas que la dureza.

—Lo que mejor las abre es un hacha bien afilada.

Frente a la sala de trono también había varios centinelas, que se inclinaron al ver aparecer a Magnus. A este no le hizo falta ningún hacha para que las puertas se abrieran ante él, con tanta rapidez que ni siquiera tuvo que aminorar el paso.

Ya dentro, escrutó la cavernosa sala. El negro trono de su padre, fabricado con hierro y cuero, se elevaba sobre un estrado en uno de los lados; en el otro había una larga mesa de madera, con sillas a juego, para celebrar los consejos. Las paredes estaban forradas de tapices y estandartes limerianos, solo interrumpidos aquí y allá para dejar sitio a las antorchas que iluminaban los rincones a los que no llegaba la luz del día.

Aquel era el escenario de numerosas recepciones oficiales. En aquella sala comparecían ante el monarca los súbditos limerianos que deseaban pedir ayuda económica o justicia por algún desmán; también era allí donde Gaius solía emitir sus sentencias, y donde se llevaban a cabo las ceremonias en las que el monarca otorgaba títulos como el de condestable, por ejemplo. Títulos que, en opinión de Magnus, no siempre se merecía su receptor.

El príncipe vio de soslayo cómo Cleo se acercaba a él.

—Tú ya conocías a lord Kurtis, ¿verdad? —le preguntó la princesa.

—Así es —contestó él sin despegar la mirada del trono.

—Y no te gusta.

—No me gusta nadie, princesa.

Nic soltó un bufido apenas disimulado.

Los tres se quedaron en silencio, y Magnus aprovechó para pensar en la mejor forma de manejar el enredo en que se había convertido su vida. Estaba entre la espada y la pared: herido, desarmado y extremadamente vulnerable. Su brazo roto latía con un dolor sordo; en vez de ignorarlo, se centró en él para

tratar de despejar el zumbido incesante que aquel caos provocaba en su mente.

Hacía seis años que había visto a Kurtis Cirillo por última vez, pero lo recordaba con tanta claridad como si hubiese ocurrido el día anterior.

El día se había levantado con un sol resplandeciente; tanto, que del suelo helado asomaban algunos lirios de las nieves. Una rara mariposa de estío, de alas manchadas de azul y dorado, voló hasta posarse en una de esas flores, en el jardín cercano al acantilado. Los limerianos pensaban que daba buena suerte ver una de aquellas raras criaturas, cuya vida solo duraba un día.

Magnus alargó la mano derecha hacia la flor y, para su asombro, la mariposa caminó hasta detenerse encima de sus nudillos. Sus livianas patas hacían cosquillas en la piel del príncipe. Vista de cerca, era tan bella que casi parecía mágica.

—¿Qué es eso, una mariposa?

Por la espalda de Magnus descendió un escalofrío al oír la fría voz de Kurtis. El recién llegado tenía catorce años, dos más que él, y el rey había insistido en que pasaran los días juntos durante las visitas de lord Gareth a la corte. Sin embargo, a Magnus le resultaba difícil mostrarse amable con aquel chico malcriado, ya que estar a menos de diez pasos de distancia de él le ponía la carne de gallina.

—Sí —respondió de mala gana.

Kurtis se acercó. Le sacaba la cabeza a Magnus.

—Deberías matarla.

Magnus frunció el ceño.

—¿Qué?

—Cualquier cosa lo bastante necia para ponerse encima de tu manita blancuzca merece morir. Mátala.

—No.

–Eres el heredero del trono; algún día te verás obligado a madurar, ¿sabes? Tendrás que aprender a matar personas sin pensártelo dos veces. Tu padre aplastaría ese bicho en un segundo; yo también lo haría. No seas tan débil.

Magnus ya sabía que a Kurtis le gustaba lastimar a los animales. Durante su última visita, el muchacho había matado un gato callejero y había dejado su cuerpo agonizante en un corredor por el que Lucía pasaba todos los días. La hermana de Magnus había pasado días llorando por el incidente.

–Yo no soy débil –replicó Magnus con los dientes apretados. Kurtis esbozó una sonrisa sin humor.

–Demuéstrame. O matas esa cosa ahora mismo, antes de que eche a volar, o te prometo que la próxima vez que venga de visita... –se inclinó hacia él y susurró la última parte de la frase– le cortaré el meñique a tu hermana.

Magnus lo observó, horrorizado.

–Le contaré a mi padre lo que has dicho. No te dejarán entrar más en el castillo.

–Vale, díselo. Yo lo negaré. ¿Quién va a creerte a ti? –Kurtis soltó una carcajada–. Vamos, elige: ¿esa mariposa o el dedo de tu hermana? Se lo cortaré muy despacito y le diré que tú me pediste que lo hiciera.

Magnus estuvo a punto de decirle que iba de farol, pero el recuerdo de aquel gato detuvo las palabras antes de que salieran de su boca.

No tenía elección. Aplastó la criatura con la mano izquierda, sintiendo cómo sus bellas alas se destrozaban bajo su palma. La sonrisa de Kurtis se ensanchó.

–Vaya, Magnus. ¿No sabes que da mala suerte matar una mariposa de estío?

La voz de Kurtis, ahora más grave, sacó a Magnus de aquel sombrío recuerdo y lo devolvió al presente.

–Príncipe Magnus, se diría que venís de una guerra.

Magnus se recompuso rápidamente, obligando a sus rasgos a componer una expresión de indiferencia antes de girarse hacia el dueño de la voz. Kurtis seguía siendo muy alto; incluso ahora, le sacaba a Magnus tres o cuatro centímetros. Su pelo rojizo, sus ojos de un verde pardusco y sus facciones afiladas siempre le habían recordado a Magnus a una comadreja.

–No de una guerra, exactamente. Pero es cierto que los últimos días han estado llenos de desafíos.

–Ya lo veo. Vuestro brazo...

–Iré enseguida a que me lo curen, en cuanto solucione unos asuntos. No sabes cuánto me alegro de verte bien, Kurtis; esas horribles habladurías me tenían preocupado.

Kurtis respondió con una de sus sonrisas falsas y meneó la mano para quitar importancia al comentario.

–Ah, os referís a ese rumor que me daba por muerto. Hice que esa ridícula historia alcanzara a un amigo mío, tan crédulo como indiscreto, y él se encargó de propagarla. Pero, como veis, estoy vivo y coleando.

La aguda mirada de Kurtis vagó hasta detenerse en Cleo, que aguardaba a un lado de Magnus, y luego en Nic, que se había quedado en la puerta junto a los tres centinelas.

Estaba claro que esperaba ser presentado.

Magnus decidió seguirle el juego por el momento.

–Princesa Cleiona Bellos, os presento a lord Kurtis Cirillo, condestable de Limeros.

Cleo inclinó la cabeza hacia Kurtis, y este le tomó una mano y la besó.

–Es todo un honor conoceros –dijo ella.

–El honor es mío –repuso Kurtis–. Había oído hablar de vuestra belleza, pero la realidad supera con mucho mis más altas expectativas.

–Sois demasiado generoso, teniendo en cuenta mi desaliño.

–En absoluto: vuestra belleza resplandece. Pero, por favor, asegúradme que no notáis ningún dolor o molestia.

–En absoluto –respondió Cleo sin abandonar su sonrisa.

–No sabéis cuánto me alegro de oírlo.

La voz del nuevo condestable estaba crispando todas y cada una de las fibras del cuerpo de Magnus. Decidió interrumpir la conversación.

–Y este es Nicolo Cassian –dijo–, a quien la princesa emplea como... como... –¿qué podía decir para justificar la presencia de aquel auranio en Limeros?– como asistente personal.

Kurtis enarcó las cejas.

–¿Un asistente varón? Qué inusual.

–En el sur de Mytica es normal –dijo Nic, y a pesar de la antipatía que le provocaba, Magnus agradeció su presencia de ánimo–. En mi tierra se considera una ocupación elevada y varonil.

–Estoy seguro de que así es.

Magnus ya estaba harto de oír naderías cortesas. Decidió avanzar un poco en la conversación.

–Supongo, Kurtis –empezó–, que te preguntas por qué mi esposa y yo estamos aquí, en Limeros, y no con mi padre en Auranos. ¿O acaso te han informado sobre la situación en la que nos hallamos?

–Me temo que no; esta visita ha sido algo tan inesperado como placentero.

La tensión que agarrotaba los hombros de Magnus disminuyó un tanto.

–Bien; entonces, te revelaré algo que no es de conocimiento común. Nos encontramos en Limeros para buscar a mi hermana, que se ha fugado con su tutor. Debemos impedir que persevere en ese grave error... y en cualquier otro que pueda cometer en el futuro.

–Cielos –respondió Kurtis agarrándose las manos tras la espalda–. Lucía siempre ha estado llena de sorpresas, ¿no es cierto?

*Ni te lo imaginas*, pensó Magnus.

–Lo es, Kurtis –asintió.

El condestable ascendió por los escalones que llevaban al trono y se acomodó en él. Magnus lo observó con incredulidad, pero decidió refrenar su lengua por el momento,

–Os entregaré una docena de guardias para que os ayuden en vuestra búsqueda, alteza –dijo Kurtis, y luego se volvió hacia uno de los centinelas de la entrada–. Organízalo de inmediato y regresa aquí.

–Enseguida, señor –respondió el guardia con una reverencia.

Magnus observó cómo el hombre salía.

–Obedecen tus órdenes con mucha soltura –comentó.

–En efecto. Han sido entrenados para ello; los soldados limerianos acatan cualquier orden de un superior y la cumplen de inmediato. Aunque eso lo sabéis vos mejor que nadie, claro.

El príncipe asintió.

–Mi padre no aceptaría nada diferente. Aquellos que cuestionan lo más mínimo sus órdenes son... severamente sancionados.

En realidad, la palabra «sancionados» no hacía justicia a los castigos que padecían aquellos soldados que no se entregaban en cuerpo y alma a lo que el reino requería de ellos.

–Nada más justo y apropiado –repuso Kurtis–. Y ahora, debo ocuparme de proporcionar alojamiento para vos, para vuestra bella esposa y para su asistente.

–Muy bien. Yo ocuparé mis aposentos de costumbre. La princesa necesita que se le destine otra estancia, algo que se adecúe a su posición. En cuanto a Nic, puede ocupar... –lo miró de reojo– uno de los cuartos de la servidumbre. Que sea uno de los más grandes.

–Sois amable en exceso –masculló Nic con ironía.

–¿Vais a alojaros en una estancia separada de la de vuestra mujer? –se extrañó Kurtis.

–Sí, eso he dicho –repuso Magnus, dándose cuenta al instante de que era una extraña petición para una pareja de esposos.

–Magnus es demasiado atento; hace esto en atención a mí –intervino Cleo–. En mi familia existe desde hace siglos la tradición de dar aposentos separados a las parejas durante el primer año de matrimonio. Lo hacemos por superstición, pero también para que el tiempo que pasamos juntos sea más... emocionante e impredecible –ruborizada, bajó la vista como si la avergonzara admitir aquello–. No es más que una tradición absurda, lo sé.

–En absoluto, querida –dijo Magnus, impresionado por la capacidad de improvisación de la princesa.

Kurtis asintió, aparentemente satisfecho por la explicación.

–Muy bien; me aseguraré de proporcionaros exactamente lo que requerís.

–Espléndido, mi querido... condestable –dijo Magnus con retintín–. También deseo que envíen de inmediato un grupo de hombres al templo de Valoria. Ayer noche, estalló allí una

tormenta de hielo aislada y repentina que acabó con la vida de muchas personas. Quiero que las víctimas estén enterradas para mañana a mediodía, y que se restaure el templo lo antes posible para devolverle su antiguo esplendor.

Según las creencias limerianas, había que humedecer el interior de las tumbas con agua consagrada y enterrar los cadáveres en un plazo de doce horas tras su muerte.

Al dar aquella orden, Magnus no pudo evitar que su mirada se posara en Nic, en cuyo rostro había aparecido una mueca de dolor. Uno de los cadáveres que había en el templo era el del príncipe Ashur, hermano de Amara. Nic y Ashur habían desarrollado una estrecha amistad antes de que el segundo muriese, asesinado por su hermana.

–¿Una tormenta de hielo? –repitió Kurtis, con las cejas aún más alzadas que antes–. Ahora no me extraña veros en este estado. Doy gracias a la diosa por haber respetado la vida de vuestra esposa y la vuestra. Debéis de necesitar descanso, tras soportar algo así...

–Descansaremos más tarde.

–Como digáis –Kurtis aferró los brazos del trono–. ¿Y cuánto tiempo prevéis regalarnos con el honor de vuestra presencia, antes de regresar a Auranos?

La atención de Magnus se desvió por un momento al ver que una docena de guardias entraban en la sala. Por muy entregados y eficaces que fueran los soldados limerianos, con doce no habría bastantes para organizar una partida que localizase a su hermana.

–No tengo intención de regresar a Auranos –replicó volviéndose de nuevo hacia Kurtis.

Este inclinó la cabeza con aire confundido.

–No comprendo lo que queréis decir.

—Este es mi hogar, mi castillo, mi reino. Y en ausencia de mi padre, ese trono que habéis ocupado hace un momento es mío por derecho.

Kurtis lo miró fijamente por un momento. Luego, sus labios se separaron en una lenta sonrisa.

—Comprendo muy bien lo que decís. No obstante, fue el propio rey quien me asignó provisionalmente este trono. Hasta ahora, he llevado a cabo mis obligaciones con gusto y, si me permitís decirlo, con eficacia. El consejo real se ha acostumbrado a mi tutela.

—Tendrá que acostumbrarse a la mía.

La sonrisa de Kurtis flaqueó; pero en vez de ponerse en pie, se recostó en el trono.

—Magnus... —empezó a decir.

—Príncipe Magnus. O alteza, mejor —le corrigió él.

A pesar de que los separaban varios metros, Magnus advirtió un chispazo de ira en los verdes ojos de Kurtis.

—Disculpadme, príncipe Magnus; pero sin haber recibido notificación alguna del rey Gaius, debo protestar ante esta modificación repentina. Tal vez debierais...

—Guardias —ordenó Magnus sin volverse—. Veo que, durante las últimas semanas, habéis acatado las órdenes de lord Kurtis, justo como debíais. Pero yo soy el príncipe heredero de este trono; y ahora que he llegado, debéis obedecerme únicamente a mí —aseveró, clavando una mirada cortante en aquellos ojos que odiaba desde niño—. El condestable me ha ofendido con sus protestas. Os ordeno que lo saquéis de mi trono y lo degolléis.

La ira que ardía en la mirada de Kurtis se transformó en frío miedo cuando vio acercarse a cuatro soldados. Antes de que pudiera reaccionar, los hombres lo pusieron en pie de un tirón y lo arrastraron hasta la base del estrado, donde le obligaron

a arrodillarse. Magnus subió los peldaños y lo reemplazó sobre el trono.

Aquel asiento frío, duro e implacable protagonizaba muchos de sus recuerdos. Sin embargo, no se había sentado en él hasta ese día.

Resultaba mucho más cómodo de lo que hubiera podido imaginar.

Los guardias uniformados de granate aguardaban ante él, mirándolo sin rastro de inquietud ni dudas. Cleo, lívida, aferraba el brazo de Nic.

Kurtis seguía de hinojos ante el trono, con la cara bañada en sudor y los ojos desorbitados, mirando de reojo la espada que un guardia tenía apoyada en su garganta.

—Alteza —farfulló—, si sentís que os he faltado al respeto, os aseguro que no había nada más lejos de mi intención.

—Puede ser —contestó Magnus, inclinándose para verle mejor la cara—. Si me suplicas que te perdone la vida, tal vez acceda a cortarte solamente el dedo meñique.

Por los ojos de Kurtis pasó un destello de perplejidad, rápidamente sustituida por comprensión.

*Ya estamos donde yo quería*, pensó Magnus. *Cómo han cambiado las cosas entre nosotros, ¿verdad?*

—Os lo ruego —jadeó Kurtis—. Alteza, os lo ruego, perdonadme la vida. Os lo suplico. Haré lo que sea para probaros mi valía y compensar la ofensa que os he causado.

Una deliciosa sensación de poder recorrió el cuerpo de Magnus. Le dedicó una sonrisa genuina a aquella comadreja llorona.

—Suplícamelo una vez más.

Al ver que Kurtis no contestaba de inmediato, Magnus le hizo una seña al guardia, quien presionó con el filo de la espada hasta que de la piel brotó un hilo de sangre.

–Por... favor... –logró decir Kurtis.

Magnus movió la mano como si espantara a una mosca, y el soldado apartó el arma y la envainó.

–¿Lo ves? ¿A que ahora te sientes mejor?

Kurtis, tembloroso, no contestó. *Tal vez nunca le hayan aplicado un castigo físico, aunque se portara mal*, pensó Magnus.

Por fin, el condestable inclinó la cabeza.

–Gracias, alteza –masculló–. Estoy a vuestro servicio.

–Me alegro de oírlo –repuso Magnus–. Bien: necesito enviar de inmediato un mensaje a mi padre. Deseo hacerle saber que estoy en el norte; no quisiera preocuparlo sin motivo.

–Por supuesto, alteza.

–Sé un buen condestable y ve a buscarme un poco de tinta y un pergamino, ¿quieres?

La expresión de Kurtis se ensombreció levemente, pero solo tardó un instante en recomponerse.

–Por supuesto, alteza.

Magnus vio que Cleo seguía a Kurtis con la mirada cuando este abandonó la estancia; sin embargo, ni la princesa ni su amigo dijeron una palabra. Cuando los ojos de ella volvieron a posarse en Magnus, en ellos había una mirada acusatoria. Quizá no le gustase la dureza con la que el príncipe había tratado a aquel joven por algo que, a su modo de ver, solo era una transgresión menor.

*Sí, princesa*, pensó Magnus. *Soy el hijo de Gaius Damora, el Rey Sangriento. Y ya es hora de que empiece a creerme mi papel.*